

La comparsa

Texto: Enrique Pfaab

Fotos: Alfredo "Chino" Leiva

El grupo está sentado alrededor de la radio, como un ritual. El tercer aviso es para uno de ellos: "Se le comunica a Marcos Huenchupán, de la comparsa del Negro Bobadilla que debe estar en la zona de Los Menucos, que nació su hija Rosalía y que su mujer necesita le mande plata porque la beba quedó internada y necesita comprar remedios".

Los 14 de la comparsa escuchan los avisos sociales sentados alrededor de la radio a pilas. Es el ritual de las 7.30 de la mañana, mientras comen un churrasco y apuran un tazón de café caliente. Escuchan en silencio para no perder detalle. Alguien puede recibir un mensaje. Hoy fue Marcos.

Cuando el ritual concluye, se levantan y lo miran. Marcos se encoje de hombros.

-¿Qué querés hacer- le dice el Negro, cuando el resto se dispersa para arrancar el día.

-Me quedó hasta terminar en esta estancia, así junto unas fichas más- le contesta.

-Mirá que van a ser como tres días más...- le advierte el jefe.

-No importa, necesito la plata-

Afuera del galpón hacen 6 grados bajo cero y todo se ve blanco. Ha caído una de esas heladas furiosas de fines de octubre y recién la temperatura superará los 0 grados después de las 10, cuando el sol esté desparramado por sobre la estepa.

Es el sexto año que Marcos está en la comparsa. Ahora tiene 20. Empezó cuando era un pibito, un huérfano nuevito. Primero se le había muerto el padre de pulmonía y, después, se le murió la madre de peritonitis.

Un tío lo metió en la comparsa. El primer año lo pusieron en la mesa, a separar la cascarría de los vellones, la lana sucia pegoteada de barro, abrojos, mierda y orín.

Al año siguiente, con sus 15 años, a pasar las ovejas del corral al galpón y entregárselas a los esquiladores. Las cargaba de a una, agarrándolas fuerte y como si fueran troncos. Había otro que cargaba de a dos, cada una debajo de cada brazo. El hombre, un muchacho fornido de unos 22 pero que a él le

Publicado en HAY QUE DECIRLO, CON LIBERTAD N° 13

www.hayquedecirlo.com

parecía mucho más grande, decía que quería ser boxeador y que eso le servía de entrenamiento.

Dos años estuvo haciendo eso hasta que le enseñaron a esquilar. Se sintió adulto el día que el Negro Bobadilla le dijo: “Usted va a esquilar desde ahora, a 10 pesos la ficha”. Aprendió fácil. Tumban la oveja, meterla entre las piernas, panza arriba, y meterle el peine nomás, tratando de sacar el vellón lo más completo posible. “Antes, con las tijeras, era mucho más complicado y más lento”, le decían. “Ahora, con los peines, es cosa de niños”.

Los más duchos y más resistentes esquilaban hasta 150 animales por día. El primer año él no pudo pasar de los 60 el mejor de los días. Igual era mucha mejor plata que estar en la mesa o trayéndolas del corral. Ahora, en su sexta zafra lanera, llegaba a esquilar hasta 120 animales después de 12 horas de trabajo.

A pesar del frío, de dormir a la intemperie en la mitad de las estancias, de los 3 meses lejos de la ciudad, todos los años esperaba con ansias que llegara septiembre y que el Negro le avisara el día que la comparsa iniciaría su viaje.

Entonces él armaba su mono de siempre, un colchón viejo con cuatro frazadas, y esperaba la partida. Quería subirse al colectivo Ford 72 del Negro junto a los otros 13 y partir por los caminos polvorientos mientras, detrás del Ford, el carro con los bártulos iba saltando y amenazaba con desarmarse.

Justamente el año pasado, al regreso de la zafra, había conocido a Carmen. Fue en un cumpleaños, en casa de un amigo. Era enero y fue noche de cordero al asador y mucho vino carlón en damajuana. Un vino dulce que le pegó fuerte.

Salieron algunas veces ese verano, no muchas. Carlos, su amigo chileno, le decía: “Ahora que estás pololeando no me das ni tranco de bola, güevón”, pero él no consideraba que Carmen fuera su novia. Era una muchacha simple, agradable, hija de un albañil que vivía cerca de la pieza que alquilaba, pero nada más. Se encontraban una vez a la semana cuando mucho y, casi siempre, terminaban la noche en su cama. A la madrugada él la acompañaba hasta la puerta de su casa y ella le decía a su padre que había ido a bailar. Era eso, nomás. No se habían prometido nada ni habían hablado de futuro. Cuando se fue con la comparsa, ni siquiera se despidió de ella a pesar de que Carmen ya tenía un embarazo de 7 meses. “Ya veremos” le dijo dos días antes de irse, cuando ella le preguntó que iban a hacer.

Los tres días que tardaron en esquilar el rebaño de la estancia, fueron fríos. Además de las heladas un viento helado del sudoeste se filtraba entre la ropa, peinaba los coirones, arrancaba los neneos viejos y los llevaba rodando hasta algún alambrado.

El Negro le pagó mientras el resto de la comparsa cargaba los bártulos. Hizo un rollito con la plata, lo ató con un cordón viejo y lo metió dentro de una media sucia que le había quedado guacha.

El Negro le ofreció cargar su mono en el carro y llevárselo a su pieza cuando volviera. El aceptó. Mejor era andar liviano, apenas con su atado de ropa.

Salió caminado hacia la ruta 23, en sentido contrario al de la comparsa. Caminó sin apuro, medio encorvado para esquivarle un poco al viento.

Cuando llegó a la ruta, después de un par de camiones y tres autos, paró una chata.

-¿A dónde va? – le preguntó el hombre que estaba al volante, el único viajero.

-Hasta donde me lleve- le contestó Marcos.

-Voy hasta el primer pueblo...-

-Algo es algo- dijo, y se subió.

Anduvieron un rato, quizás una hora, hablando de cualquier cosa hasta que llegaron al pueblo.

Marcos pensó que debería ser Aguada de Guerra, pero no se parecía a ese caserío. Tampoco era Maquinchao. Él conocía bien los poblados de toda la Meseta de Somoncuro, pero ese lugar no le resultaba familiar. Ya se había bajado de la chata y esta había desaparecido por un camino secundario y era tarde para preguntar dónde estaba. Pero, igualmente, no importaba mucho. Trataría de tomar algo caliente en algún lado y seguiría viaje.

Una calle, la única, nacía desde la ruta e iba hacia el fondo. Caminó por ahí, hasta encontrar lo que parecía ser un boliche. Entró. El lugar era más grande de lo que parecía de afuera. Un mostrador largo, con estanterías atrás, la mayoría con botellas. En el salón varias mesas, algunas ocupadas por hombres cansados y sucios como él. En esta conversaban, en aquellas jugaban al truco, en esta otra al chinchón. Apenas lo miraron.

-¿Qué le sirvo?- le preguntó el que estaba detrás del mostrador, que tendría unos 60 años y que tenía una mueca que se asemejaba a un intento de sonrisa.

-Ginebra- contestó para justificar su presencia más que por deseo.

El cantinero llenó el vaso. –Hay ducha, si quiere bañarse. Y también cama, si gusta - le dijo.

Hacía un mes y medio que no se bañaba. –La ducha-, contestó, y bajó la ginebra de un trago.

Publicado en HAY QUE DECIRLO, CON LIBERTAD Nº 13

www.hayquedecirlo.com

En la punta del mostrador había una puerta. El cantinero le entregó ahí un toallón y un jabón blanco y le señaló el pasillo que iba hacia el fondo.

–Al final, la última puerta a la derecha, báñese tranquilo- le dijo.

Había sido un galpón en otra época. Ahora tenía cinco habitaciones por lado. Se dio cuenta que eran dormitorios, porque alguna de las puertas estaba abierta y alcanzó a ver una cama de dos plazas, revuelta como si alguien hubiera dormido allí hasta hacía un rato.

Las últimas dos puertas eran los baños. El de hombres estaba a la derecha. Tenía una pileta grande de lavar ropa, dos inodoros, tres duchas y ninguna tenía flor. Junto a la pileta había un termotanque grande, conectado a un tubo de gas de 45 kilos, que estaba prendido y parecía asegurar agua caliente además de tener templado el lugar.

Dejó el bolso en un costado, abrió la canilla del agua caliente, se desnudó rápido, tiró la ropa a un costado y se metió bajo el chorro. El agua caliente le golpeó la espalda. Se quedó quieto un rato, con los ojos cerrados. Apenas movía por momentos la cabeza para que el chorro le cayera en la coronilla. Sintió que no existía en la vida una sensación más agradable que esa. Habían pasado unos 5 minutos cuando recordó el jabón y que debía lavarse. Se enjabonó, pero sin salirse de debajo del chorro. Podía sentir cómo se iba aflojando cada músculo. Con el ardor descubrió cada raspón hecho en los dos meses de esquila, cada herida. Disfrutó ese dolor.

Se secó rápido, buscó en el bolso la ropa menos sucia y se vistió. Se había relajado tanto que, en medio de la bruma de ese lugar caliente, se mareó un poco cuando se agachó para ponerse las medias y las botas.

Desandó lento el pasillo y cuando pasó por frente a la puerta abierta del dormitorio, sintió unas ganas enorme de tenderse en la cama desecha.

-¿Y, cómo estuvo? – le preguntó el bolichero.

-Lindo- contestó, y preguntó- ¿Tendrá algo para comer?

-Ahora mismo le traigo un churrasco, con papas y un vino. Siéntese nomás-

Marcos obedeció. Estaban los mismos hombres, que apenas lo habían mirado. Había una radio prendida en la cocina. La voz de un locutor y la música y un grito, cada tanto, de los que jugaban al truco. En las otras mesas los hombres hablaban entre sí, pero Marcos apenas lograba escuchar un murmullo ininteligible y se dio cuenta que estaba quedándose dormido.

Se despabiló un poco cuando el bolichero le trajo el bife, que sobresalía del plato, y una botella de vino sin etiqueta, seguro llenada desde una damajuana.

Comió y bebió con ganas y la modorra se agigantó. El bolichero, que parecía saber que eso ocurriría desde que Marcos entró al boliche, le dijo:

-Vaya y acuéstese. La tercera habitación a la derecha tiene la cama armada-

Se levantó lento, caminó lento y solo atinó a sacarse las botas y la ropa para no ensuciar las sábanas, por más que estuvieran desteñidas y remendadas. Después, el sueño.

Lo despertaron unas risas. Tardó un instante en saber dónde estaba. Un hombre y una mujer, que bromeaban entre ellos. La habitación no tenía ventanas, por lo que no podía saber si era de día. Se conservaban las paredes originales del galpón y el techo de chapas de cinc.

Recordó el rollito con los billetes y lo buscó en el bolso. Allí estaba, dentro de la media sucia.

Se dio cuenta que había dormido en una cama de dos plazas y que apenas se había movido, a juzgar por lo acomodadas que estaban las cobijas. No sabía cuánto tiempo había dormido.

Agarró el bolso y salió hacia el boliche. Allí se dio cuenta que era de noche y que el ambiente era muy distinto. Todas las mesas estaban ocupadas. La mayoría eran hombres pero también había unas cinco o seis mujeres, la mayoría con poca ropa y lo poco, estridente.

Había música fuerte, cumbia, y detrás del mostrador estaba el bolichero y otro hombre más joven que, por los rasgos, se notaba que era el hijo o al menos de la misma familia.

El bolichero le hizo una seña para que se acercara.

-¡Parece que estaba cansado, paisano! ¡Cómo 30 horas durmió!-

-¿Tanto? –

-¡Y si! Tómese algo- le dijo el hombre, y sin dar tiempo a una elección se llenó un vaso de vino.

Marcos pegó un trago y pensó que debía comer algo, pero el bolichero ya se le había anticipado y hacía un gesto hacia la cocina.

-Me tendría que ir yendo...- dijo el muchacho.

-¿A dónde va a ir a esta hora, eh? Nadie anda a esta hora en la ruta. Siéntese acá y coma algo-

Tres fetas frías y gruesas de una pata de cordero y seis rodajas de pan casero. Sacó el verijero de empuñadora de hueso, que llevaba casi siempre del lado

derecho de la ingle y que era lo único que conservaba de su padre, y cortó carne y pan en trozos chicos como para metérselos enteros a la boca.

Masticó lento, bebió lento. Eran las 8 de la noche. En eso, desde la radio se comenzaron a escuchar los avisos sociales.

“Se le comunica a Marcos Huenchupán, de la comparsa del Negro Bobadilla, que su hija Rosalía falleció y que puede continuar en la esquila”.

Marcos vació el vaso de un trago y le hizo un gesto al bolichero para que lo volviera a llenar.



